

Al honorable Clero, Venerables Monásticos, y Piadosos Fieles de la Iglesia Ortodoxa en América

Mis Amados Hermanos y Benditos Hijos en el Señor,

¡Cristo ha nacido! ¡Glorifiquémosle!

En este día, mientras proclamamos con corazones llenos de júbilo “Dios está con nosotros,” glorificamos a Dios por la fiesta de la Natividad en la Carne de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo. Al mismo tiempo, estamos rodeados por multitudes de imágenes, símbolos, iconos y representaciones de lo que el mundo piensa que es esta fiesta, y lo que debería de ser. Desde árboles de navidad naturales o artificiales, hasta renos y hombres de nieve, el mundo se ahoga en imágenes vacías de Navidad. E incluso en aquellas imágenes que parecieran seguir la tradición de la Iglesia, encontramos una falta de un compromiso verdadero hacia el quebrantamiento y el vacío que nos rodea.

En la Iglesia, *contemplamos un insólito y gloriosísimo misterio*: un niño, nacido en una tumba, colocado sobre el pesebre de los animales, nacido en este mundo para un pueblo que no estaba preparado para su mensaje, un pueblo incapaz de aceptar su mensaje. Esta es en verdad una insólita imagen, una imagen de debilidad, una imagen de derrota, pobreza y humildad. Es una imagen que fácilmente podría ser desechada si es que no fuese tan maravillosa en su incomprensibilidad. Es una imagen que tiene como fondo el mensaje de Vida del Mundo venidero. Es la imagen de nuestra salvación.

Cuando se nos es mostrada esta imagen de Cristo nacido en una tumba, nosotros, tal y como ocurrió con la Madre de Dios, nos encontramos ante la elección de decir: “Si Señor, entra en mis miembros, mis venas, mi corazón; límpiame, purifícame, adórneme.” O, podemos elegir alejarnos y rechazar la alegría, salud y felicidad que se nos ofrece a través de Cristo, y nuestra comunión con Él. Sin embargo, esta elección no es una simple aceptación intelectual de algunas ideas vagas y confusas.

Cuando decidimos dirigirnos a Cristo y le pedimos que entre en nuestros corazones, nos comprometemos a una vida de hechos, una vida en la cual no solo escuchamos, sino que actuamos según los mandamientos de Cristo y la enseñanza de los Santos Padres de la Iglesia. Al hablar de la maternidad de la Theotokos, el Padre Georges Florovsky nos recuerda que el acto de aceptar a Cristo en nuestras vidas no es algo que se agote en el momento inicial, “... así como la maternidad natural no se agota por el hecho del nacimiento físico. El cumplimiento de la maternidad consiste en el amor sacrificial. Con este amor hacia el que ha nacido se rompe el egocentrismo pasivo del corazón. En este amor se muestra la imagen natural del amor por otra persona, por el prójimo.”

Dirigirnos hacia la cueva sepulcral del nacimiento de Cristo, y aceptarle en nuestra vida nos compromete a una vida de amor por el prójimo y por toda la humanidad. El volcarnos hacia el que yace en el pesebre es aceptar el llamado al servicio hacia nuestro prójimo, aquí y ahora. Dirigirnos hacia el nacido de la Virgen es una proclamación de nuestro amor por Cristo y su Cruz. Verdaderamente, el dirigirnos a Dios quien está ahora con nosotros, es una proclamación de nuestra anticipación de la vida del Mundo venidero.

Con oraciones desde el corazón y en el inefable amor de Santo Niño Cristo,

Con amor en el Señor,



†TIKHON
Arzobispo de Washington
Metropolitano de Toda América y Canadá



P.O. BOX 675
SYOSSET, NY 11791-0675
TEL: 516-922-0550
FAX: 516-922-0954
WEBSITE: WWW.OCA.ORG